

D. RAIMUNDO SARRIEGUI

TENÍA setenta y tres años, era donostiarra de nacimiento y donostiarra de corazón.

Sus principios musicales se manifestaron como tiple de Santa María, fué después tenor en San Vicente, y preparó más tarde coros nutridos que en las solemnes veladas organizadas por el Consistorio de Juegos Florales Euskaros, interpretaron de modo admirable, sentidas melodías como el «Illunabarra» y otras inspiradas composiciones del propio autor.

La charanga de Raimundo fué una institución musical que produjo loco entusiasmo entre *joñemaritarras*. No sólo por la afinación y el esmero que constituían una característica en la banda, sino más bien por aquel aire ligero, alegre, festivo que resaltaba en todas las composiciones ejecutadas y que tan admirablemente se compenetraba con el espíritu donostiarra.

Y eso fué Sarriegui, donostiarra ante todo y sobre todo; para los donostiarras escribió sus inspiradas composiciones procurando atemperarse de tal modo con el sentimiento popular, que consiguió encarnar en sí el pensamiento de sus paisanos.

Mucho censurarían quizás los internacionalistas de la música, la sencillez, inocencia y candor de las composiciones de Sarriegui, pero a éste le tenían sin cuidado tales críticas. No escribía para ellos. Lo hacía para los donostiarras y éstos le manifestaron en todos tiempos su viva satisfacción.

No se preparaba una estudiantina que no recurriera a Sarriegui en busca de piezas adecuadas al objeto proyectado. Y acompañándose de

la pequeña guitarra, su incomparable compañera, pronto saldría jubilosa alguna habanera dislocante, algún pasacalle retozón. De éstos hay alguno que creo lo han repetido cuantas veces se han formado orquestillas, y observo que cada vez gusta más al público.

También escribió diversas obras para tamborileros, en las que, como es de suponer, se destacaba el sello personal del autor.

Cuando el Consistorio de Juegos Florales Euskaros dió a sus veladas anuales el nuevo atractivo de las representaciones dramáticas, Sarriegui intervino con su inagotable inspiración al mayor éxito de las mismas.

Buena prueba de ello la tonadilla *Petra chardin saltzallia*, de corte *kai-aurretarra*, y la zarzuela *Pasayan*, de números primorosos, entre los que destaca la delicada y sentida serenata que cantó de modo admirable el tenor Sr. Vidarte. La letra de ambas producciones es debida a la fecunda pluma de nuestro colaborador D. Victoriano Iraola.

Con estos antecedentes ya se puede figurar la participación que tendría en las fiestas populares de carácter *koškero*. Suyos son, la «Marcha», el «Pasodoble» y el «Iriyarena» reformado de la tamborrada del día de San Sebastián. Lo son también la música de la fiesta de «Iñudes y Caldereros». La nueva marcha del «Entierro de la sardina». La marcha, himno y marcha grotesca de la entrada del Carnaval. Y toda la música que se ha ejecutado en cuantas comparsas de «Jardineros», «Marineros», «Habitantes de la Luna» etc., se han verificado en esta ciudad. De todos estos números hay una colección, el potpourri del «Carnaval de San Sebastián», que lo ejecuta la banda municipal, produciendo verdadero delirio en la muchedumbre de entusiastas donostiarras que acude a escucharlo.

Hombre todo corazón, amantísimo de su familia, tuvimos ocasión de apreciar la inocente alegría que reinaba en aquel honrado hogar, en la fiesta del pan de Reyes que celebraban invariablemente y en la que, acompañado de su guitarrico, amenizaba con sentidas improvisaciones aquellas veladas de sabor patriarcal.

Muerta su esposa, a la que amó con tierno afecto, buscó en sus sobrinos el calor que faltaba en aquel hogar, asiento hasta entonces de la felicidad posible en el mundo.

Era corredor, estimadísimo en todos los comercios de la ciudad, por su intachable honradez y su hombría de bien.

Ultimamente se había retirado de la vida activa del comercio, obli-gado por la edad y los achaques consiguientes.

Pero no olvidaba a sus antiguos clientes. Al fallecimiento de los Sres. de Osacar se cerró el escritorio y se dedicó el local que ocupaban a residencia de Padres Capuchinos. Sarriegui acudía todos los días invariablemente a la misma hora que acostumbraba a ir al comercio, a la nueva capilla, y allí dedicaba tiernas plegarias por las almas de sus antiguos clientes.

El miércoles día 23 del pasado Abril, estuvo a la tardeada en el escritorio del ex alcalde D. Joaquín Lizasoain, como tenía por costumbre el hacerlo varias veces al día. La conversación la matizó con el fino humorismo que era en él habitual y con los toquecitos vascos a que era tan aficionado.

El motivo del animado diálogo era de palpitante actualidad: *Scutari*. ¿Es vasca esa palabra? ¿*Eskutu-ari*? Sobre esto versó la conversación.

Después se dirigió al rosario de Santa María, y de allí y mientras llegaba la hora de la cena, fué a su acostumbrada tertulia de la farmacia que el Sr. Tellería tiene en la calle de Narrica.

Este establecimiento es el mismo que tuvo el finado Sr. Irastorza, y ya se sabe que aquí y en la Casa de Baroja se inició el movimiento vasco de que fué alma el inolvidable Manterola, y que entre otros, se manifestó por la fundación del Consistorio de Juegos Florales Euskaros y la creación de esta Revista.

El Sr. Sarriegui estaba, pues, en carácter en aquel lugar.

Hallábase sentado y en conversación con el Sr. Tellería (D. Antonio) y el dependiente de la farmacia, cuando se sintió repentinamente enfermo y atacado por fuertes dolores al pecho.

A los pocos momentos caía en estado de síncope. Alarmados el Sr. Tellería y su dependiente, acudieron solícitos a prestar auxilio al accidentado, entrando por fortuna en la farmacia, en aquel preciso momento, el practicante municipal Sr. Mendiola. Éste reconoció al enfermo y dándose cuenta inmediatamente del estado de gravedad, llamó apresuradamente a la Casa de Socorro, de donde acudió con toda presteza el joven y acreditado médico donostiarra Sr. Larburu, que estaba de guardia.

También entró casualmente en la farmacia el Dr. Castillo (D. M.) y ambos facultativos intentaron reaccionar al enfermo con una inyección de cafeína, siendo por desgracia inútiles los auxilios de la ciencia.

Sarriegui, el popular músico donostiarra, falleció a las ocho y diez

minutos de la misma noche. Según opinión facultativa, la muerte fué producida por una angina al pecho. El respetable párroco de San Vicente, D. José Sotero Echeverría, y otros dos sacerdotes más, acudieron a tiempo para prestar al moribundo los auxilios espirituales.

En aquel momento estaba celebrando sesión el Ayuntamiento de esta ciudad y al finalizar dió cuenta el alcalde de que en aquel momento le participaban la triste nueva de haber fallecido en la farmacia del Sr. Tellería el celebrado compositor donostiarra D. Raimundo Sarriegui, acordándose consignar en acta el sentimiento de la Corporación por aquella pérdida irreparable.

Terminada la sesión, el alcalde acudió inmediatamente a la farmacia en que continuaba aún el cuerpo inanimado del malogrado donostiarra. Allí, en unión de los doctores y demás testigos, esperó la llegada del juez de instrucción.

Al presentarse éste, autorizó gustoso el traslado del cadáver a su domicilio, Puyuelo, 38, 3.º, acto que se verificó a las nueve y media de la noche y que fué presenciado por numeroso público.

Cuando a la mañana siguiente se hizo pública la inesperada muerte del llorado maestro, la impresión fué profunda en todos los donostiarras, que, presos de indecible pena, acudieron presurosos a depositar sus firmas en las listas expuestas en la casa mortuoria.

Las sociedades populares colgaron sus banderas a media asta y adoptaron acuerdos para concurrir y dar más solemnidad a los funerales y traslado de los restos.

La ceremonia religiosa se verificó con gran pompa en la parroquia de Santa María, a las once de la mañana del día 25.

Presidió el duelo el alcalde de esta ciudad, D. Marino Tabuyo, que quiso participar de este modo en el duelo general. Acompañábanle los sobrinos del finado.

Acudió el Orfeón Donostiarra en pleno con su Junta Directiva, y representaciones del Consistorio de Juegos Florales Euskaros, Círculo Easonense, Sociedades populares de recreo e inmensa concurrencia en que figuraban en gran número entusiastas *errikoñemes*. El acto de besar la estola fué de extraordinaria duración, y constituyó demostración elocuente de las generales simpatías que en todas las clases de la sociedad contaba el finado.

Durante el funeral, que duró hasta las doce y media, cantó la capilla parroquial el «Kirie y Credo de la Misa de Requiem». El bri-

llante Orfeón Donostiarra interpretó primorosamente el «Sanctus y Agnus» de la misma partitura y el grandioso «Benedictus», de Gounod. Terminada la función religiosa, se trasladó toda la concurrencia a las proximidades de la casa mortuoria, llenando materialmente la calle del Puyuelo y las contiguas.

En todos los grupos y corrillos comentaban la llorada muerte de Sarriegui. De todas las bocas salían frases encomiásticas para el que dió sello especial a la música popular donostiarra.

Aparece el féretro llevado en hombros de miembros de las sociedades «Donosti Zarra», «Euskal Billera» y «Sporti-Clai». Todos se descubren con cariñoso respeto.

Pónese en marcha la comitiva, rompiendo la Banda municipal, que entonó durante el trayecto dos marchas fúnebres, sigue numerosa representación del clero y a continuación el féretro. Las cintas eran llevadas por el ex alcalde D. Joaquín Lizasoain, gran amigo del finado, D. José Agote, como presidente de la «Unión Artesana», decana de las sociedades populares, D. José Antonio Rezola, vocal de la Junta del Asilo Matia, de que era miembro Sarriegui, D. José Ramón Tellería, dueño de la farmacia en que falleció, D. Javier Peña y Goñi, presidente del laureado Orfeón Donostiarra, y D. Primitivo Gorostidi, presidente del Colegio de Corredores del comercio de esta plaza.

La presidencia del duelo la constituían el alcalde, los Sres. Inchausti y Gabarain, sobrinos del finado, y varios señores sacerdotes. Seguían a continuación el Orfeón Donostiarra, con su director Sr. Esnaola, luciendo la escarapela y boina roja, distintivo de la brillante institución artística, y una interminable comitiva en que tenían honrosa representación todas las clases sociales de la ciudad.

Cerraba la marcha la carroza fúnebre en que se habían depositado cinco magníficas coronas dedicadas a la memoria del finado por sus hermanas y sobrinos, la primera, y por el Orfeón Donostiarra y las sociedades populares «Sporti-Clai», «Unión Artesana» y «Euskal Billera», las demás.

La comitiva desfiló por las calles del Puyuelo, Mayor, Alameda, Hernani y Avenida de la Libertad, a las que concurrió numerosísimo público.

En el puente de Santa Catalina despidióse la comitiva, continuando el féretro y duelo al cementerio de Polloe, donde recibió cristiana sepultura el cadáver del llorado compositor donostiarra.

La función de Deja-Vela se verificó en la parroquia de Santa María el día 5 de Mayo, día del cincuentenario del derribo de las murallas, agregando esta circunstancia otra nota *košker*a al historial del finado.

Ha dejado en su testamento importantes mandas para Asilos y Casas de Caridad, y entre ellas se cuenta un legado de 2.500 pesetas con destino a procurar instrumental para la banda infantil del Asilo Reina Victoria.

También deja algunas composiciones inéditas, entre las que se cita una de corte original, basada en el alegre repique de las campanas de Santa María.

Las sociedades populares han adoptado el acuerdo de suspender el año próximo la tamborrada del día de San Sebastián, dedicando dicho día a rendir cariñoso homenaje a la memoria del inolvidable Sarriegui. La tamborrada se verificará el domingo inmediato.

Descanse en paz el bondadoso Sarriegui, cuya alma generosa habrá recibido del Señor la corona prometida a los bienaventurados.

J. BENGOCHEA

